

## LA MIRADA EN EL TIEMPO: EVOCACIÓN DE DON LUIS LEAL

FRANCISCO A. LOMELÍ<sup>1</sup>

“Se nos fue Don Luis”. La consabida frase salió de labios apretados, renuentes a pronunciarla en voz audible. Su hijo Antonio nos había comunicado su muerte el 25 de enero, 2010, pero en ese momento quisimos que no fuera cierto. Sin duda durante muchos años pensamos que nunca habríamos de recibir tal noticia, porque se murmuraba que era eterno. Siempre lo consideramos mayor, pero nadie se atrevía a decir que era viejo porque era infatigable y tenía una salud de roble. Bien se confirma esto en las fotografías de los últimos 34 años donde sólo los lentes y su ropa cambiaban; físicamente, seguía inmutable como si el tiempo se hubiera detenido para él. De su increíble y prolífica carrera ofrecen testimonio 45 libros y más de 400 artículos. Con frecuencia, estudiantes y estudiosos de todo el mundo solicitaban su asesoramiento como mentor o padrino de tesis, artículos y libros. Una infatigable generosidad intelectual lo impulsaba a compartir sus ideas. Promovió la crítica sobre la literatura mexicana en Estados Unidos, sobre todo con sus inigualables estudios acerca del cuento mexicano y latinoamericano. En particular, recordamos la dilatada trascendencia de su

<sup>1</sup> Catedrático de Estudios Chicanos en el Departamento de Español y Portugués en la Universidad de California en Santa Bárbara y Académico Correspondiente de la ANLE. Investigador, ensayista y promotor cultural, es autor de una vasta producción literaria que abarca la literatura latinoamericana al igual que estudios testimoniales, teoría y crítica literaria, multiculturales, autobiográficos y bibliográficos. <http://www.spanport.ucsb.edu/people/francisco-lomeli>

*Breve historia del cuento mexicano*, no menor que la de sus estudios monográficos seminales sobre Juan Rulfo, Mariano Azuela, el corrido, la Revolución Mexicana y sus recopilaciones de la tradición popular (por ejemplo, su *Mitos y leyendas de México*). También fue líder y pionero en el campo chicano, cuya historia literaria, como fenómeno de larga duración, remonta hacia mediados del siglo dieciséis. En este tema, las obras que destacan son *Aztlán y México: perfiles literarios e históricos* y *No Longer Voiceless*, además de un sinnúmero de artículos. Sus intereses eran vastos y amplios, porque su mirada tenía la latitud que solemos atribuir al hombre renacentista, y con naturalidad percibía la red de relaciones que ilumina el sentido de los procesos culturales. Era admirado por su vocación, la agudeza de su intelecto, su gigantesca enciclopedia, y mucho más por su trato democrático.

Se ha dicho que tuvo varias carreras y que nunca se jubiló –aunque lo hizo oficialmente de la Universidad de Illinois en 1976, cuando se mudó con su esposa Gladys a Goleta, California– porque siguió escribiendo hasta los 102 años. Por eso solía decir con cierta gracia que era “profesor visitante permanente” en la Universidad de California en Santa Bárbara. Para él, escribir era tan básico como respirar y comer. Dueño de una curiosidad infinita, cargaba un cuadernito en el bolsillo de su camisa donde anotaba nuevas ideas o revelaciones que se le ocurrían. Le encantaba descubrir novedades sobre el origen de las cosas; así, por ejemplo, desmitificó la historia de Joaquín Murrieta y encontró la fuente poética de la canción popular “La cucaracha”. Entresacó narraciones cuentísticas de las crónicas de la Conquista, propuso la autoría de la primera novela histórica escrita en español de Estados Unidos –*Jicoténcal*, que apareció en Filadelfia en 1826–, definió una vez por todas el Realismo Mágico y trazó la revaloración del concepto de Aztlán en el mundo cultural de los chicanos. Nada se le escapaba, y por eso Genaro Padilla y Emanuel Carballo coincidieron en señalar, uno independiente del otro, que con frecuencia se topaban con las huellas de las investigaciones de Don Luis cuando iniciaban nuevos estudios. Su presencia crítica era simplemente asombrosa, gracias a la pluma pulida y ágil con que manejaba datos obtenidos con la ejemplar objetividad científica de un detective literario.

En una ocasión, al reflexionar sobre su larga trayectoria, confesó espontáneamente: “La suerte siempre me sigue”. Es que había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial sin rasguño alguno entre bombardeos y asaltos kamikazes, y había visto mucha muerte alrededor. También comentaba con cierta sorpresa que sin hacer nada especial, le tocó situarse en momentos claves de la historia social y literaria del siglo XX. Por ejemplo, llegó a presenciar la Revolución Mexicana y su violencia desde sus inicios hasta el final: vio bandas de revolucionarios a caballo, ciudadanos asesinados o ahorcados por las calles, gente corriendo desesperada, los líderes Pancho Villa y Emiliano Zapata entrando a México en 1914. En esa época tumultuosa vivió unos años a una cuadra del Zócalo en el Distrito Federal, encima del mero centro azteca donde después en 1978 descubrieron el templo mayor debajo de los cimientos de su casa. A propósito, reflexionaba asombrado: “Siempre estuve cerca del corazón del mundo indígena azteca”. En 1926 se trasladó a Chicago, más tarde sumido en la Gran Depresión y la miseria humana. En la Segunda Guerra Mundial el ejército lo reclutó para el frente militar en el Pacífico, y tuvo que defenderse de la muerte en las Filipinas y Nueva Guinea, distrayéndose con la lectura de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust. Se reía al mencionar que su primer puesto en la Universidad de Misisipí empezó con una “tenure” y que allí tuvo la fortuna de codearse con William Faulkner por las calles de Oxford o pescando en las riberas del río Misisipí. En sus muchas visitas a México para llevar a cabo sus investigaciones, llegó a conocer a personalidades como Juan Rulfo, Alfonso Reyes, Agustín Yáñez, Gabriel García Márquez, Elena Poniatowska, Emanuel Carballo, Octavio Paz, Carlos Fuentes, Rodolfo Usigli, Miguel León-Portilla, Cantinflas, Andrea Frank, Hernán Lara y muchos más. Lo mexicano en ambos lados de la frontera le fascinaba y le provocaba tanto un profundo orgullo como un encendido compromiso intelectual.

También fue testigo de la revolución cultural de los años '60, y aportó su contribución a las luchas por los derechos civiles de las minorías en la sociedad y la academia. En ese contexto integró varios comités de fundaciones para repartir becas nacionales, cuyo fin era aumentar la participación de los chicanos en los programas de doctorado. Durante los veranos en Guadalajara, formó parte de un equipo de profesores especializados en entrenar a maestros y estudiantes latinos sobre la cultura mexicana y su literatura; entre éstos

figuraban Tomás Rivera, Octavio Romano y Gustavo Segade. De esta manera, contribuyó a la apertura y formación de la generación de Quinto Sol, cuyo papel fue clave para reconocer la legitimidad de la literatura chicana emergente. De acuerdo con los principios del movimiento Chicano, abrió brechas importantes para que muchos jóvenes aspirantes pudieran ampliar sus oportunidades como profesionales, profesores y críticos. Atrevidamente, fue el primero en leer una ponencia sobre literatura chicana en la ilustre MLA (Asociación de Lenguas Modernas). En 2003, presenció la creación del primer programa de doctorado en Estudios Chicanos en UCSB y la primera cátedra (Luis Leal *Endowed Chair*) de la disciplina, que todavía lleva su nombre. Una vez confesó con admiración: “No sé por qué suelo encontrarme en medio de hechos históricos de trascendencia donde puedo observar de cerca”. Nosotros diríamos, más bien, que no tuvo reparo en meterse en el ojo de varias tormentas, como fue el movimiento literario chicano, en cuyo calor trabajó íntima amistad con Alurista, Ricardo Sánchez, Rudolfo Anaya, Denise Chávez, Rolando Hinojosa-Smith, Miguel Méndez, José Antonio Villarreal, Tino Villanueva, Américo Paredes, Nicolás Kanellos, Gary Keller, María Herrera-Sobek, Alejandro Morales, Sabine Ulibarrí, Tey Diana Rebolledo y muchos más. Ni la literatura chicana ni su metatexto crítico habrían llegado a su cumbre expresiva sin sus intervenciones investigativas, a las que no resulta banal sumar la fuerza atractiva de su personalidad y carisma.

Su despacho personal era un Aleph donde un Funes el memorioso se desenvolvía. Muchos lo considerábamos una enciclopedia o diccionario andante con su vasto conocimiento sobre la cultura mexicana, y en más de una ocasión dejó atónitos a sus estudiantes al aconsejarles consultar un tema en la biblioteca en cierto libro y determinada página. El orden que imponía a sus papeles era una de las claves de aquella prodigiosa memoria. Las copiosas notas rigurosamente clasificadas en sus ficheros todavía sorprenden por la lucidez de sus observaciones de lector meticulado, capaz de hilvanar el contexto histórico con el acontecimiento literario, la matriz filosófica con el análisis filológico, y lo popular con lo erudito.

Pese a esas credenciales impresionantes, Don Luis era persona sencilla y modesta sin mayores complicaciones, cuyo *modus operandi* él sintetizaba humorísticamente con el dicho en spanglish “No preocup, no sofoc.” Compartir una comida con él en La Carreta —donde

le gustaba pedir camarones a la diablo –, era como reunirse con un oráculo de carne y hueso, gracias a su perspicacia y larga perspectiva histórica. Sus animadas conversaciones sobre literatura, hechos históricos, personalidades intelectuales, acontecimientos actuales, la política y las artes en general asombraban a quienes lo escuchaban, sin convertirse él en el centro de la atención, pese a que se reconocía que había recibido la Medalla del Águila Azteca o la Medalla Nacional de las Humanidades, un doctorado honoris causa y un aluvión de homenajes. Los presentes nunca salíamos sin aprender algo, gracias a veces a las preguntas gordas que le hacía Víctor Fuentes: “¿Cómo se define el yo?” o “¿Cómo se explica la muerte?”

A Don Luis siempre le preguntaban por el secreto de su longevidad, y tendía a acoplarse a las circunstancias, salpicando sus comentarios con cierto humor y picardía. Cada vez inventaba algo nuevo. Entre estudiantes, decía que era porque comía arroz y frijoles. En un homenaje que le dedicaron en su pueblo natal de Linares, Nuevo León, contó que un ancestro suyo había encontrado la fuente de la juventud y guardado una botellita de esa agua secreta. Vale recordar como anécdota la de aquella reunión de MLA en 1987, cuando apenas tenía 80 años, donde topó con un antiguo exalumno. Éste, sorprendido, sólo pudo pronunciar las palabras imprudentes de “Ah, perdón, yo pensé que estaba muerto.” A esto respondió sin parpadear, “Si así fuera, no habría por qué negarlo.” En el verano de 2008 me confesó con una Bohemia en mano: “Creo que la muerte me olvidó.” La profundidad de esas palabras me hizo atragantarme con un totopo pensando en *Pedro Páramo*, una de sus novelas favoritas. Para su centenario en 2007, reveló que era debido al afecto que sus amigos y admiradores le rendían. Siempre decía algo ingenioso, simpático y ameno. Carecía de tensiones y altanerías porque su mundo real no excluía el imaginario.

Llevaba una vida sumamente sana y organizada, aun después de sufrir la pérdida de su querida esposa Gladys en 2001. En sus últimos años, poco a poco se le fueron apagando la vista y el oído. Pero su amor por la vida le hacía tomar con humor estas falencias, como cuando anunció en 2006 que iba a cambiarse el nombre a “Casimiro Casi-oigo”. Y, por eso, al final sólo tenía un deseo: llegar al año 2010 –no para jactarse de haber vivido doce décadas, sino para celebrar el bicentenario de la Independencia y el centenario de la Revolución Mexicana. Su pasión por la historia cultural nunca disminuyó, y hasta

en las últimas semanas de su vida se prodigó en datos y bibliografías cuando ya no podía ni moverse. Don Luis, el maestro de los maestros, logró todo lo que esperaba y más, conforme al adagio mexicano que dice: “Dime cómo mueres y diré quién eres.”

Nos enseñó a valorar la lealtad a la vida y así se despidió tranquilo con una sonrisa en el rostro. Gracias, Don Luis el caballero, por todo lo que ha dado. Yo sé que él diría con humildad “¿Por qué tanto homenaje?” Porque se lo merece, y más.



*Luis Leal en compañía de colegas de la Universidad de California, Santa Bárbara. Desde la izquierda: María Herrera-Sobek, Denise Segura, Víctor Fuentes, Raymond Huerta y Francisco Lomelí (1997).  
(Foto cortesía: Francisco Lomelí)*